Banco de textos

El ickabog (fragmento)

Obra: El ickabog

Autor/a: J. K. Rowling

Tipo: Narrativo

Había una vez un país diminuto llamado Cornucopia gobernado desde hacía siglos por una larga dinastía de reyes rubios. El que ocupaba el trono en la época sobre la que escribo era Fred el Intrépido. Lo de «el Intrépido» lo había proclamado él mismo la mañana de su coronación, en parte porque le gustaba la grandilocuencia de la palabra, en parte porque una vez había conseguido cazar y matar una avispa él solo... sin contar a los cinco lacayos y al limpiabotas.

El rey Fred el Intrépido llegó al trono aupado por una gran ola de popularidad. Tenía unos adorables rizos dorados y unos magníficos bigotes, y estaba espléndido con los calzones ceñidos, los jubones de terciopelo y las camisas con volantes que los varones acaudalados vestían en aquella época. Tenía fama de generoso, sonreía y saludaba con la mano a cualquiera con el que se topase y había quedado tremendamente favorecido en los retratos que se habían distribuido por todo el reino para colgarlos en los ayuntamientos. Los habitantes de Cornucopia estaban felices con su nuevo rey y muchos creían que lo haría aún mejor que su padre, Richard el Honrado, quien, aunque nadie hubiese querido comentarlo en su momento, tenía los dientes bastante torcidos.

En el fondo, el rey Fred se sintió aliviado al comprobar lo fácil que era gobernar Cornucopia. De hecho, parecía que el país funcionase solo: casi todo el pueblo tenía comida en abundancia, los comerciantes ganaban oro a mansalva y los consejeros del trono se encargaban de resolver cualquier pequeño problema que pudiera surgir. Las obligaciones del rey se limitaban, pues, a sonreír a sus súbditos cuando salía en carroza y a ir de caza cinco veces por semana con sus dos mejores amigos: lord Spittleworth y lord Flapoon.

Spittleworth y Flapoon tenían extensas propiedades en el campo, pero les resultaba mucho más barato y les parecía mucho más divertido vivir en palacio con el rey, comiéndose su comida, cazando sus ciervos y asegurándose de que no se encariñaba con ninguna joven dama de la corte. No querían que se casara porque la presencia de una reina sin duda les aguaría la fiesta a ellos dos. Durante un tiempo, el apuesto y rubio Fred había mostrado interés por la morena y hermosa lady Eslanda, pero Spittleworth lo había persuadido de que era demasiado seria e intelectual para que el pueblo la aceptara como reina. Lo que el rey no sabía era que lord Spittleworth estaba resentido con lady Eslanda porque él sí le había propuesto matrimonio y ella lo había rechazado.

Lord Spittleworth era flaco, astuto e inteligente; su amigo Flapoon tenía la cara colorada y estaba tan desmesuradamente gordo que hacían falta seis hombres para subirlo a su enorme caballo castaño. No era tan avispado como Spittleworth, pero aun así era mucho más listo que el rey.

Tanto lord Spittleworth como lord Flapoon eran expertos aduladores y cada vez que podían fingían asombrarse de lo bien que Fred lo hacía todo, desde montar a caballo hasta jugar a la pulga. Si Spittleworth tenía algún talento era el de convencer al rey de que hiciera cosas que, en realidad, le convenían al propio Spittleworth; y si Flapoon tenía un don era el de hacerle creer al monarca que no había nadie en el mundo que le fuera más leal que sus dos mejores amigos.

Fred pensaba que Spittleworth y Flapoon eran unos tipos estupendos. Lo animaban a organizar fiestas elegantes, elaboradísimos pícnics y banquetes suntuosos. Entonces Cornucopia era famosa allende sus fronteras por su gastronomía: cada ciudad era conocida por sus productos típicos y cada uno de éstos era el mejor del mundo.

Situada en el sur del país, Chouxville, la capital, estaba rodeada de vergeles, campos de trigo dorado y reluciente y prados de un verde esmeralda donde pacían vacas lecheras de un blanco inmaculado. Las granjas producían la nata, la harina y las frutas con las que los extraordinarios pasteleros de Chouxville preparaban su deliciosa repostería.

Hacedme un favor: pensad en la tarta o la galleta más suculenta que jamás hayáis probado. Pues bien, perdonadme si os digo que en Chouxville os habríais muerto de vergüenza de haber tenido que servirla.

Banco de Textos - http://recursosdidacticos.es/textos
Diseñado por Sergio Abad como material de aula para uso didáctico.